



Virgin e hijos de Arango.

A. R. Sanchez lit.

Lit. Ulan

MARIA MAGDALENA.



MARIA MAGDALENA.

Remittuntur ei peccata multa, quoniam
dilexit multum.

(*Luc. VII. 47.*)

Dulciores sunt lacrimae forantium quam
gaudia theatrorum.

(*August. in Psalm. 127. X.*)

MARIA Magdalena es célebre en el Evangelio por sus sentimientos de ardiente caridad hácia el Salvador de los hombres, y en la tradición eclesiástica por sus lágrimas y por su penitencia. Puede añadirse que es asimismo célebre en la crítica hagiográfica, por la controversia que se ha suscitado acerca su identidad; por que mientras que ciertos autores no la consideran sino como un solo personaje, muchos escritores hacen de ella no ménos quetres.

TOMO II.—46.

Apoyan los primeros su sentir en los nombres de María y Magdalena, cuya indicacion alternativa parece suponer muchas personas, en especial, si se atiende que estas palabras corresponden á tiempos, á lugares y á actos diferentes. Los primeros, al contrario, creen que, distinguiendo los lugares y los tiempos, no se percibe mas que una sola y misma persona, animada del mismo celo, obediendo aquí á una viva emocion de arrepentimiento, allá á un impulso de caridad: y de otra parte invocan á su favor una serie mas constante de testimonios mejor autorizados. Parece, pues, que María Magdalena no es diferente de María hermana de Lázaro, y de la mujer pecadora que vino á derramar sus perfumes y llantos á los piés de Jesus en la casa de Simon el fariseo. Tal es la respetable opinion del Sr. Darboy.

El autor de los *Estudios sobre las mujeres cristianas*, M. A. A. proponia así el estado de la cuestion. No ignoramos cuán divididas se encuentran las opiniones con respecto á la Magdalena. Para los unos es una jóven vírgen que en tiempos en que Jesus empezó á predicar la nueva ley, estaba poseida de siete demonios; pero esta posesion no debe ser considerada como el efecto ó la señal del pecado, sino como una situacion muy comun en aquella época. Hablando llegado á sus oídos la fama de los milagros de Jesucristo, vino á Él y fué curada. Esta opinion adoptan San Ambrosio, San Jerónimo, San Agustin, y despues de ellos casi todos los griegos y muchos críticos modernos, tales como Casaubon, Ectius, Boulanger, Baillet y otros. Otros al contrario consideran la Magdalena como una pecadora, y creen que por los siete demonios, debe entenderse siete vicios á que estaba entregada ántes de conocer á Jesucristo. Estos la confunden tan presto con María, hermana de Marta y de Lázaro, tan presto con la pecadora. A su frente se hallaban Gregorio el Grande, Clemente de Alejandría, Ammonio, y casi todos los latinos hasta el siglo XVI. Autores modernos muy estimables han escrito con valentía en favor de esta opinion, tales como Baronio, Jansenio, Legrand, Maldonado, el P. Alejandro, el P. Lamy, el P. Mauduit, etc.

Léese en Godescard, á propósito de Magdalena y de la mujer pecadora, la siguiente observacion: «San Ireneo, Orígenes, San Crisóstomo y otros no distinguen en parte alguna Magdalena de la mujer penitente. Y San Lúcas, despues de haber referido la conversion de la pecadora, que se obró en Naim, añade en el capítulo siguiente, que cierta mujer, que habia sido librada por el Salvador de sus enfermedades, ó de los siete espíritus impuros, le siguió. Hablando el Evangelista de las mujeres que iban en seguimiento de Jesus, nombra á María Magdalena, á quien él habia librado de los siete demonios. Estas autoridades parecen ser un motivo muy razonable para concluir, que la Magdalena y la mujer pecadora son una misma persona.....No obstante todo esto, puede decirse que esta cuestion es del número de aquellas que no se verán tan presto terminadas. La razon es, porque el texto de la Escritura no se presenta bastante claro, y que la autoridad de los antiguos tampoco ofrece una prueba demostrativa. El Breviario latino supone que la mujer penitente, María Magdalena y María, hermana de Lázaro, son una sola y misma persona.

Si una parte de la Iglesia latina, dice Tillemont, parece autorizar todavía á los que creen que la mujer pecadora, María hermana de Lázaro y María Magdalena no son mas que una sola persona, la Iglesia griega favorece á los que creen que son tres. Y como no pueden oponerse estas dos iglesias la una á la otra, para acusar á una de las dos de estar en error, ha de reconocerse que la Iglesia, como cuerpo docente, no toma parte en estas dificultades que ni por uno ni otro lado afectan ni hieren la religion, sino que deja á sus hijos en libertad de creer lo que las razones y las autoridades les hagan juzgar mas probable. Nosotros, empero, seguimos como mas probable la opinion de la Iglesia latina, que forma de las tres denominaciones una sola mujer á la que venera con el nombre de Santa María Magdalena.

El sobrenombre de Magdalena fué dado á María porque habitaba en el lugar ó castillo de Mádalo en Galilea, cerca del lago

de Tiberiádes. Creese que era de una familia distinguida por sus riquezas, como así deja pensarlo tal vez el uso que hacia de riquísimos perfumes. Un biógrafo sagrado nos dice sin embargo, que fué originaria de Betania, pueblo reducido á tres cuartos de legua de Jerusalem, y mansion ordinaria de su familia. Segun San Antonino, su padre se llamaba Syr y su madre Eucaria, muy conocidos entre los judíos tanto por el rango de sus riquezas, como por el lustre y carácter de su representacion en toda la provincia. Tuvieron un hijo y dos hijas: Lázaro, que fué el primogénito, Marta y María. Huérfanos ya de padre y madre, repartieron entre sí sus bienes; á Lázaro y á Marta les tocó lo que habia en Betania y en las cercanías de Jerusalem, y á María le cupo el castillo de Magdelon ó Mágdalo, situado en la provincia de Galilea. Parece que no estuvo por mucho tiempo esta última en compañía de sus hermanos: su génio vivo y las vanas ilusiones de felicidad que, como un fantasma brillante se presentan á la imaginacion de una mujer jóven, libre y hermosa, le hicieron luego fastidiosa é insoportable la vida de sosiego y de modesto retiro que guardaban sus hermanos.

Sabidos son ya los primeros pasos de esta brillante hermosura de Betania, que hacia de sí misma un ídolo para recibir en todas partes los tributos de profano amor que se depositaban en sus aras. Aquella alma expansiva y ardiente buscaba cómo llenar el vacío de su corazon agitado: anhelaba ser adorada y dominar sobre otros corazones tan volcánicos como el suyo, y creíase feliz cuando la sombra de la felicidad se escapaba siempre de entre sus manos. No sabemos hasta qué punto se entregó la bella del castillo de Mágdalo á los goces de la materia y á la saciedad de su pasion por amar y ser amada. Pero el Evangelio nos pinta con un solo rasgo los sensuales atractivos y los impuros escándalos de la *mujer pecadora*; pues por tal era tenida en la ciudad. Aun cuando la desenvuelta María no hiciese mas que recibir incienso de sus adoradores y provocar con la vana y seductora ostension de sus gracias, era criminal á los ojos de Dios.

El Evangelio, nombrándola pecadora, ha dado márgen á suponer que ella se habia abandonado enteramente á la disolucion mas escandalosa: preciso es observar, con todo, que esta palabra podria no indicar otra cosa que una vida suntuosa y accesible, llena de lujo y de pasatiempos, condenables, es verdad, pero no de honrosos y viles, como comunmente se cree. Un espíritu altanero, un vano orgullo de algunas cualidades exteriores, un cuerpo complacido, adorado hasta la idolatría, un corazon ocupado en demasía del cuidado de agradar, tal fué quizá la pecadora. No es esto que haya algun interés en disminuir sus faltas, pues cuanta mayor es la humillacion á que arrastran los extravíos de la libertad, á mayor altura puede elevarse una alma por la energía del arrepentimiento: de otra parte, al descender á la tierra, el hijo de Dios venia, no para visitar á los justos, sino para curar á los pecadores; por manera que allá mismo en donde la iniquidad de la criatura llegaba á su colmo, allá puede sobreabundar y desbordarse la misericordia del Salvador.

De otra parte, el noble corazon de Magdalena y la hidalgúia de sus sentimientos no permiten conjeturar que hubiese sido capaz de envilecerse hasta el extremo de la abyeccion y de la infamia. Hay calidades en el alma que parece que tienen un carácter indeleble. Podemos hacer mal uso de ellas, podemos en vez de consagrarlas á Dios, de cuyas manos han venido, prostituirlas á un ídolo de carne; sin embargo, una alma ardiente, sensible, capaz de sentir su dignidad, conserva una cierta elevacion aun en medio de sus extravíos y miserias: tal vez es mas culpable que otra en no corresponder como debe á sus nobles instintos y altos destinos; pero nunca al compadecerla, nos veremos forzados á apartar de ella los ojos como de un objeto vil y despreciable. Tal nos parece el alma de Magdalena, aquella alma de fuego que supo despues amar tanto, y que tan íntima y constantemente se unió con la de Jesucristo.

Pero sea cual fuere la idea que se quiera formar de la naturaleza de sus faltas, conocido es el castigo que María Magdalena

sufrió por espacio de algunos años. Sometióla Dios á un género de humillaciones muy raro en el dia, pero muy comun en aquellos tiempos, y del cual ofrece el Evangelio muchos ejemplos. Fué, pues, atormentada del demonio, hasta el dia en que el Salvador, remitiéndole sus pecados, la libró de aquella dominacion horrible.

Recorria entónces Jesus la Galilea, y acababa de resucitar á un jóven de Naím, á quién llevaban á enterrar y cuyos funerales celebraba un pueblo numeroso. Era el hijo único de una viuda que iba detrás del difunto, anegada en lágrimas. Compadecido el Señor de la viuda, le dijo: No llores mas; y acercándose al ataúd le tocó diciendo: Levántate, jóven, yo te lo mando. E incorporóse el jóven que estaba muerto, y se puso á hablar, dejando atónitos á todos los circunstantes. Aquel milagro, obrado para enjugar las lágrimas de una madre doblemente aflijida, pues que era ya viuda, excitó un rumor de admiracion y de reconocimiento en todos aquellos contornos. Pero los sábios y los que se tienen por doctos no por esto recibieron mejor la doctrina de Jesus, porque estaban henchidos de envidia y de orgullo: aquellos, al contrario, cuyo espíritu está tranquilo y sin amago, el corazon dulce y sin fausto, aquellos á quienes se da el nombre de pequeños y sencillos, acogieron la palabra del Salvador, que exclamó: "Yo os doy gracias, oh Padre mio, Señor del cielo y de la tierra, de que hayais ocultado estas cosas á los sábios y á los prudentes, y las habeis revelado á los pequeñuelos." Y añadió con una inexplicable ternura: "Venid á mí todos los que os veis fatigados y oprimidos, yo os aliviaré. Poneos bajo mi yugo, y aprended de mí que soy manso y humilde de corazon, y hallareis el reposo de vuestras almas, porque mi yugo es suave y mi carga ligera."

Jesus, pues, predicaba en Betsaida y en Cafarnaum, no léjos del castillo en donde habitaba aquella mujer á la vez seductora y seducida, y predicaba la ley de la modestia, de la abnegacion, del retiro, de la castidad. Esto no hubiera bastado en boca de un hombre; pero Jesus era mas que hombre, y detrás de esa ley

de penitencia predicaba tambien una ley de amor, amor purísimo, divino, capaz de llenar el corazon; y este amor, al oírle Magdalena, inflamó el suyo, y horó y creyó al mismo tiempo, porque cuando este amor divino llega á apoderarse del alma, consume, como la llama del sacrificio, todas las afecciones bastardas, todas las propensiones bajas, todos los obstáculos del obsecado pensamiento, todas las incertidumbres de la altanera razon. La pecadora de Mágdalo sintió que sus lágrimas la inundaban interiormente de una dulzura celestial; percibió el vacío que dejaban en su alma esos goces, rápidos, caducos, inciertos, falaces, acibarados casi siempre con el pesar ó con el sobresalto: asustóse de este vacío, y conoció que su sed de gozar y de amar necesitaba de un objeto bien distinto. Desde que hubo escuchado al gran Profeta, de quien se contaban tantas maravillas, la simple curiosidad se convirtió en deseo, y deseo ardiente, irresistible, que no sufría dilacion, de arrojarse á los piés del Salvador, y hacer que desapareciera á fuerza de amor, de dolor y de llanto la densa nube de sus iniquidades, que de aquel objeto la separaba. Tal vez las lágrimas y los ruegos de sus virtuosos hermanos María y Lázaro aceleraron el instante feliz de su conversion. Atraída, pues, por la mansedumbre y beneficencia de Jesus, informóse donde podría encontrarle, y supo que en aquel dia comia en casa de Simon el fariseo, junto con otras personas de distincion. Delicadas eran las circunstancias: la celebracion de un banquete con que se queria obsequiar á Jesus, y la publicidad consiguiente á los numerosos concurrentes, parece debian retraer á Magdalena de su resolucion generosa, y hacerle aguardar la entrevista para ocasion al parecer mas oportuna, y para lugar ménos público ó mas retirado. Pero así como la pasion criminal prescinde de todo respeto y no teme el hacer estallar en público sus escándalos, así el amor divino rompe por entre todos los obstáculos, huella con planta firme todas las atenciones y reparos de la prudencia humana, y se hace superior al rubor mismo. Llevando en su mano un vaso de alabastro, lleno de aceite odorífero, entra en

la sala del convite, y viendo al Salvador recostado en uno de aquellos lechos ó canapés que usaban en sus mesas los judíos, no atreviéndose á mirarle cara á cara, se arroja á sus piés por la espalda, y desgarrándosele el corazón por la doble fuerza del amor y del dolor, los humedece con su llanto, los besa con ternura y con afán, los rocía con bálsamos y perfumes, y los enjuga con sus cabellos.

El fariseo, propenso siempre á juzgar mal por las simples apariencias, como todos los de su secta, y notando la bondad con que el Salvador sufría á sus piés aquella pecadora, decia para consigo: Si este hombre fuese profeta, sabria quien es la mujer que le está besando los piés y que los humedece con su llanto. Pero Jesus, dando á Simon una de aquellas miradas penetrantes que llegaban hasta el fondo del alma, dijo á su huésped: "Simon, quiero saber tu dictámen sobre lo que voy á proponer.—Hablad, Maestro.—A cierto acreedor le debian dos sujetos, el uno quinientos reales de plata, y el otro cincuenta. Ni uno ni otro tenia con qué pagar, y á uno y á otro les perdonó todo lo que le debian: dime, pues, ¿qual de éstos debe amar mas y estar mas agradecido al generoso acreedor?"—"Es claro, respondió Simon, que aquel á quien perdonó mayor cantidad.—Muy bien has respondido, replicó el Salvador, y dirijiéndose á la Magdalena, añadió: "¿Ves á esta mujer? pues reflexiona lo que ha hecho, y fallá despues sin pasion. Cuando entré en tu casa, ni te ocurrió siquiera presentarme un poco de agua para lavarme los piés, y ella me los lavó con sus lágrimas. Tampoco te pasó por la imaginacion el derramar sobre mi cabeza aquellos odoríferos perfumes que se usan y no se escasean en los convites; y ella derramó sobre mis piés un precioso bálsamo. Por esto te digo que se le han perdonado muchos pecados porque en realidad amó mucho. Hasta ahora ninguno me habia buscado sino para sanarle las enfermedades del cuerpo; pero esta mujer, echada á mis piés, me pide por las heridas del alma." Y volviéndose despues á aquella ilustre penitente, le dijo: "Tu fé y tu confianza te han salvado: vete en paz."

Magdalena cae á los piés del Salvador, se rinde á su gracia; pero su corazón ama mas que nunca, con un amor de ángel: arroja á los piés de Jesus todos los despojos de sus galas y atractivos: el dolor de sus extravíos se va transformando en amor celeste. El mundo se admira, se sorprende: condena por temeridad un exceso de amor que no llega á comprender. Pero Magdalena ama cual nunca habia amado, porque la palabra amor, aplicada á las criaturas, es usurpada ó dislocada; así como lo es la palabra felicidad, aplicada á los goces efímeros de la tierra. ¿Quién duda que aquella palabra de vida: Anda, que tus pecados ya te son remitidos, no abolió asimismo el castigo extraordinario que ellos merecian y que habian atraído sobre María Magdalena?

«A la verdad, nada es comparable, dice un escritor de últimos del siglo pasado, tan profundo como elocuente y persuasivo, nada es comparable con la dicha de morir sin remordimientos, y entregar á su Criador un alma que nunca se manchó con la impureza del vicio; pero tambien es cierto que nada hay mas interesante, mas grande, ni mas digno de la inmensidad de la divina misericordia, que la aceptacion de las lágrimas y sollozos de un corazón extraviado, que, conociendo su miseria, quiere volver al seno de su Dios. Puede decirse que el pecador convertido siente en la virtud un encanto desconocido para los que jamás la perdieron. Parece que nada le queda á Dios para consolarnos de los ultrajes que le hicieron nuestros crímenes, y que su ternura se estudia á sí misma para indemnizarnos de todas las penas que hemos sufrido siguiendo al mundo y sujetándonos á su tiránico yugo. Para unirmos indisolublemente consigo, como si el gozo que siente de habernos recobrado, pudiera ser turbado por el temor de perdernos segunda vez, se apresura á hacernos gustar lo que se encuentra mas esquisito, mas puro y mas dulce en los tesoros de su inefable esplendor, y á difundir en nuestro corazón aquel calor divino, que es en cierto modo parte de su felicidad infinita..... ¡Ah! los hombres no saben qué nombre dar á esta efusion de la gloria de Dios en una alma penitente, por-

que no hay palabras que correspondan á la verdad y excelencia de una cosa tan divina, y porque esta comunicacion íntima de su luz inefable solo se halla bien expresada con el silencio, el respeto y la profunda adoracion de un alma que la siente y se sácia con ella.

¡Oh, qué precioso espectáculo es para el cielo un verdadero convertido! ¡Habeis leído y considerado, por ventura, alguna vez, cómo el Salvador del mundo nos pinta la ternura de Dios para con el pecador que se arrepiente? ¡Qué alagüeña es la imájen de la conversion de un hijo desnaturalizado y disoluto que, abrumado con el peso de la vergüenza y de sus remordimientos, vuela á los piés de un padre, el cual al punto olvida los desórdenes del mas depravado de sus hijos, cede al ascendiente imperioso de la naturaleza y de la sangre, se arroja trasportado de gozo sobre aquella porcion de sí mismo perdida por tanto tiempo, le estrecha entre sus brazos, le oprime contra su corazon, y no puede hablarle sino con lágrimas de gozo que bañan sus mejillas marchitadas con los trabajos y las miserias! ¡Qué escena tan tierna! ¡Qué alma sensible podrá resistir á unas situaciones de esta naturaleza? Y cuando el Hijo de Dios, para animar nuestra esperanza, nos pinta la grandeza de la divina misericordia con unos colores tan vivos y fuertes, ¿podrán dejar de reconocerse en el uso que hace de medios tan delicados y victoriosos, los sentimientos y el corazon del amigo mas tierno y verdadero?"

"Así verificó el Hombre Dios, con la conducta que observó en toda la carrera de su augusto y laborioso ministerio, cuanto habia dicho sobre el precio y excelencia que adquiere á los ojos del Sér Supremo una alma arrepentida de su iniquidad, y que desea volver á la gracia de su Criador. Jamás se le vió mas vivamente conmovido, que á la vista de una conversion. Cuando rodeado de los primeros discípulos de su Evangelio recorre los palacios y pueblos de la Judea y Galilea, ve y oye sin alterarse cuantas particularidades y noticias interesan al resto de los hombres, los raros espectáculos, las revoluciones extraordinarias, las

empresas formidables de los señores del mundo, la magnificencia de edificios y antigüedades de monumentos: mas nada le detiene, nada puede distraerle un instante de aquel majestuoso y profundo recojimiento, en el cual medita fundar sobre las ruinas de todos los dominios y pasiones de la tierra, su eterno é incorruptible imperio. Pero cuando sus miradas se dirijen á objetos pertenecientes á tan grande y magnífico designio; cuando encuentra una criatura en la que la mano de Dios ha empezado á excitar los primeros remordimientos que preparan la libertad de un culpado, y el milagro que ha de hacer de un elegido del mismo seno de corrupcion; cuando, por ejemplo, una pecadora famosa en la ciudad por sus disoluciones y escándalos, se siente de repente horrorizada de sus excesos, le busca con la mayor ansia, se arroja á sus piés, imprime en ellos sus lábios, los riega con un torrente de lágrimas, y sus cabellos, bañados en el llanto, cubren y envuelven, por decirlo así, lo que ella mas adora..... ¡Ah! hé aquí para su corazon el espectáculo mas agradable que puede ofrecerse al universo. ¡Cómo se afana á exponerle á la admiracion de cuantos le rodean! ¡Cuán sublime y divina le parece aquella postura, aquellos llantos y zollosos, y todo aquel aparato de humildad y de penitencia! ¡Cómo le llena de gozo este procedimiento, y cuanto se complace al contemplar en esta mujer, que se anonada á sus piés, uno de los primeros y mas brillantes triunfos de su mision divina! *Ved esta mujer*, exclama, queriendo dar á este suceso, acacido en la oscuridad, todo el esplendor y fama de un grande y memorable acontecimiento. Da un precio y una dignidad infinita á la menor circunstancia que le acompaña, las hace notar todas para que entendamos cuán preciosa es la menor particularidad en las obras que la gracia inspira, y con qué fidelidad tan tierna pone Dios en cuenta hasta nuestros menores sacrificios."

Desde aquella época de salud, se impone ella misma las mas duras prácticas de penitencia; y su alma regenerada, encuentra mas dulzura en los trabajos del arrepentimiento que purifica, que

en el transporte de los goces que corrompen. Despues de haber depuesto su cabellera y sus perfumes á los piés del Señor, como si por esto hubiese querido significar su absoluta renuncia á todas las vanidades, se junta á algunas santas y nobles mujeres que segnian al divino Maestro, escuchaban sus predicaciones y le asistian con sus bienes en sus correrías evangélicas. El amor de Magdalena la tenia siempre pendiente de los ojos y de los labios del Salvador: atormentaba dulcemente su alma; pero este tormento es una delicia inefable, pues cuanto mas ama, mas goza, mas espera, mas desea; porque su amor toca ya á lo inmortal, á lo infinito, la llena de celestiales consuelos, y solo la aflige por las penas y por los sufrimientos que amenazan á su amado. Porque es digno de notarse, que la mujer, por lo general, va mas veloz y mas recta á la verdad y á la virtud por el corazon, de lo que va el hombre, fiado en su altanero espíritu. Las habi- tudes de una vida toda exterior, activa, poderosa, su intervencion en todos los sucesos y su accion, dejando siempre al mundo una marca magnífica de su poder, su fuerza de ánimo que la impide sentir vivamente la necesidad de un consolador y de un apoyo, todos estos motivos contribuyen á distraer al hombre del pensamiento de Dios, y hasta termina muchas veces en ver en la piedad una flaqueza de espíritu, y en la irreligion una grandeza y un fiero temple de alma, como si se necesitara mucho valor y mucho talento para pasarse ó prescindir de Dios. La mujer, al contrario, parece sacar de su naturaleza, de su debilidad misma, si se quiere, de su vida entera, tal como las leyes y las costumbres la han formado como una vista mas sana de las cosas de la religion, un sentimiento mas delicado y mas invencible de los objetos de la virtud; y fuerza es decirlo, una fidelidad mas valerosa á la una y á la otra. Allí, donde el génio cae, la hermana de la caridad ni aun tropieza.

Quando Jesus dejó la Galilea para no reaparecer mas en ella hasta despues de su resurreccion, pasó al lugar en que habitaba María Magdalena con su hermana Marta y su hermano Lázaro,

no léjos de Naím y del torrente de Cison. Entónces le ofreció Marta la hospitalidad con la mas inquieta solicitud, para tratar debidamente á huésped tan distinguido. En medio de sus desvelos, y viendo á Magdalena sentada muy tranquila á los piés de Jesus, bebiendo con afan las palabras de vida que fluian de su boca divina, hizo aquella ingénuo exclamacion, y María fué elogiada por el Salvador por haber escogido la mejor parte, pues en efecto, despues de haberlo dejado todo para seguir á su Maestro, le escuchaba embebida, buscando en su celestial doctrina aquel nutrimento, cuyo precio y suavidad conoce el alma sinceramente religiosa.

María Magdalena y las santas mujeres siguieron á Jesus desde Galilea á Jerusalem, y no le abandonaron ni aun en su muerte, que se verificó seis meses despues. María Magdalena, con su familia, habitaba el pequeño lugar de Betania, á corta distancia de la ciudad santa. Jesus pasaba allá alguna vez, cuando huyendo del ódio de los judíos, iba á buscar un asilo en la otra parte del Jordan, ó cuando movido por la mas generosa piedad volvia de ir al encuentro de las ovejas perdidas de la casa de Israel. Pues envano les hablaba un lenguaje lleno de dulzura y de sabiduría; en vano demostraba en su persona el cumplimiento de las Escrituras; el ojo enfermo de aquellos hombres se cerraba á la luz con una obstinacion lamentable. Un dia, en que habia nombrado á su Padre, añadiendo, para no dejar que se ignorase el dogma de su divinidad: "Mi Padre y yo somos una misma cosa;" los judíos tomaron piedras para arrojarle. "Yo he hecho delante de vosotros muchas obras buenas por el poder de mi Padre, les dijo Jesus, ¿por cuál de ellas quereis apedrearme?"—"No os apedreamos por obra alguna, sino porque habeis blasfemado, pues siendo hombre os habeis hecho Dios." Però manifestándoles Jesus, que no se le podia reprobar ni la palabra, pues que ella está en las Escrituras admitidas por sus adversarios, ni la pretension en sí misma, por hallarse justificada por obras divinas, les habló así: "¿No está escrito en vuestra ley, yo os dije: vosotros sois

dioses? Si ella, pues, llama dioses á quienes se dirige la palabra de Dios, y si la Escritura es inefable, ¿cómo decís que yo blasfemo habiéndome el Padre santificado y enviado en el mundo, cuando digo que soy el Hijo de Dios? Si yo no hago las obras de mi Padre, no me creais; pero si yo las hago, aun cuando no querais creerme, creed á mis obras, de modo que conozcais y creais que el Padre está en mí, y yo en el Padre." Pero sus contradictores encontrando mas fácil el perseguirle que el responderle, quisieron apoderarse de su persona; mas él escapó de sus manos, y se retiró á la otra parte del Jordan.

No habia Jesus dejado aún aquel asilo, cuando María y Marta le enviaron la noticia de que su hermano Lázaro estaba enfermo. Nadie ignora que el Hijo de Dios no se prestó desde luego á la invitación de socorrer á su amigo: deseaba dar una brillante prueba de su poder y de su mision, mandando á la muerte con una autoridad soberana. Todos saben tambien, que movido á compasion á vista de las lágrimas derramadas por las hermanas y por los amigos de Lázaro, lloró él tambien, y le hizo salir vivo del sepulcro, en presencia de una multitud numerosa. Y este suceso, que debia arrancár irresistiblemente el reconocimiento universal de su divinidad, tan sensiblemente manifestado, referido á los fariseos por testigos oculares, precipitó sus resoluciones homicidas. Reunióse el gran consejo: "¿Qué harémos? dijeron, este hombre obra milagros. Si le dejamos operar así, todos creerán en él, vendrán los romanos á arruinar nuestra ciudad y nuestra nacion."—"Nada entendeis en esto, repuso el gran sacerdote, y no sabeis que conviene que un solo hombre muera por el pueblo, á fin de que toda la nacion no perezca?" Así hablaba este sacerdote, sin saber que uno solo iba en efecto á salvar, no solo exclusivamente la raza judía, sino todas las razas humanas, y no de una ruina material, sino de unos desastres mucho mas graves, en donde perecen las almas. Sea como fuere, la muerte de Jesus quedó resuelta por sus enemigos. Él mismo, sabiendo que la hora señalada por su Padre, habia llegado, no se refugió á lu-

gares distantes; aguardó en un campo de la Judea la aproximacion de la fiesta de la Pascua, en la cual habia de morir, víctima de su dulce y ardiente caridad.

El acto, pues, mas soberano de la autoridad divina, cual es el mandar á la muerte que restituya su presa, no hizo mas que apresurar la muerte del Salvador. Aprendan aquellos hombres orgullosos que pretextan, para no rendir á la fé el homenaje de su razon, el carácter de pruebas visibles y palpables de su carácter divino. La altivez de una inteligencia indómita, sostenida por la corrupcion de la voluntad, no se rinde á la evidencia de los hechos. Dios mismo pone una venda á los ojos de su pensamiento para no ceder ni aun al testimonio de los sentidos; entónces se irrita mas su orgullo, por no poder contrarrestar al poder irresistible de Dios, y dice con el arcángel soberbio, á quien no se ocultaba por cierto, la omnipotencia de su autor: No serviré, no te doblaré la rodilla. El Señor, de otra parte, no admite esos homenajes forzados que arranca la evidencia: y aun cuando la conceda á los que dudan, castiga su presuncion temeraria, dejándolos convencidos, pero obstinados y tenaces en su rebeldía.

Al volver, pues, el divino maestro, desde aquel campo donde se habia retirado, á Jerusalem, se detuvo en una aldea de Betania, y comió en casa de uno de los mas ricos vecinos del lugar, llamado Simon, á quien el mismo Señor habia curado de la lepra. Estaban allí tambien convidados Lázaro y sus dos hermanas, y los discípulos de Jesus acompañaban tambien á su Maestro. Marta servia á la mesa; pero María, atenta siempre en dar pruebas á su Maestro divino, de respeto y de amor, tomó á su cargo los perfumes, que entre los judíos era el mayor lucimiento del festin. Tomó esencia de nardo purísimo y destilado en un vaso de alabastro, y entrando en la sala del convite, lo derramó todo sobre los piés del Salvador, que enjugó despues con su cabellos, llenando toda la estancia con el olor de tan precioso aroma. Los judíos, como todos los pueblos de Oriente, tenian la costumbre de unjirse la cabeza y la cara: los ménos ricos se servian

del aceite comun, los mas pudientes empleaban varios géneros de perfumes. El discípulo traidor, que se hallaba presente, dijo con afectacion: "¿A qué viene esta profusion? Podia haberse vendido este perfume por trescientos dineros, que se hubieran dado á los pobres." Estos trescientos dineros podian valer sobre novecientos cincuenta reales de nuestra moneda. Júdas, empero, usaba de aquel lenguaje, no para alivio de los pobres, pues era un ladron y mal administrador del dinero que se recojia para el sustento de los discípulos, y del cual era depositario. Pero Jesus, penetrando no solo la perversa intencion del pérfido discípulo, sino los sentimientos malignos de algunos de los circuntantes, dijo: "Dejad esta mujer, ¿por qué os incomoda? Lo que acaba hacer es una buena obra; porque siempre habrá pobres entre vosotros, á quienes podreis hacer el bien euando quisiéreis; pero á mí no me tendreis siempre. Ella ha hecho lo que ha podido, y ha perfumado anticipadamente mi cuerpo para la sepultura. En verdad os digo, que donde quiera que sea predicado este Evangelio, esta mujer será encomiada por lo que acaba de hacer." La palabra del Señor se cumple todos los dias: la memoria de la piadosa mujer que acababa de escuchar postrada su palabra y de derramar sobre sus piés riquísimos perfumes, esta memoria es honrada y querida de un extremo al otro del mundo por todos cuantos tienen la fé y la caridad en el corazon.

Cuando Jesucristo fué arrastrado delante de los tribunales, María Magdalena fué repelida sin duda del teatro de aquel drama violento y sanguinario, pues ni ella ni las santas mujeres aparecen en el relato evangélico de la Pasion. Pero la noble sierva del Señor manifestó bien que su alejamiento no provenia del temor: despues del trágico fallo pronunciado por Pilátos, pudo hasta cierto punto reunirse con el Divino paciente, y le siguió hasta el lugar del suplicio. Ella iba tras sus huellas de sangre en el momento en que Simon de Cirena, representando la humanidad entera, ayudó al Hijo de Dios á llevar su cruz, y fué noblemente asociado á la obra dela redencion, y en el momento en que, en-

ternecido el Salvador á vista de las lágrimas que derramaban las piadosas mujeres en su doloroso tránsito, se volvió hácia ellas, dirijiéndoles aquellas tan repetidas palabras: «Hijas de Jerusalem, no lloreis sobre mí: llorad sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos, porque dias vendrán en que se dirá: Dichosas las estériles, las entrañas que no concibieron, los pechos que no dieron leche! Entónces se dirá á las montañas, caed sobre nosotros, y á los collados, sepultadnos debajo vuestras ruinas, porque si esto se hace en el árbol verde, ¿en el seco qué se hará?» Palabras terribles con que designa el Salvador las desgracias que caerán sobre los hombres culpables, euando llegue el dia formidable de la vindicta.

Magdalena ama á Jesus, y le sigue en sus afrentas, en sus tormentos, en su patíbulo, en su muerte: ama y se halla junto á la cruz: ama y anda á saciarse de dolor para padecer con su amado, y solo el corazon sin igual de la Madre la excede en amor. La hermana de Marta es la segunda mujer querida de Dios: Jesus, espirante, la mira tambien desde el leño en que espira, y derrama sobre ella el raudal de la redencion. Ella se baña con sus lágrimas y su sangre, y le llora, y le recibe tambien para ponerlo en los brazos de María, y le acompaña al sepulcro, y le deja en él, y vuelve ansiosa por la mañana, y no le encuentra, y pregunta por él, y oye de sus lábios que la llama ¡*María!* ¡Ah, Maestro miol exclama; pero el Señor glorioso se le escapa, y quiere aún ejercitar su fé y su esperanza, ya que casi no es posible aumentar su amor.

En efecto, el teatro donde mas brilló la llama del divino fuego que abrasaba á Magdalena, fué sobre el Calvario. Huido habian los fuertes de Israel, los escojidos por el Salvador para candeleros de su Iglesia, los discípulos, los apóstoles, todos, ménos uno, habian desamparado á su divino Maestro, ó temblaban despavoridos, ó desconfiaban indecisos. Solo ese corazon de mujer, que no habia recibido la llama del Espíritu de Dios, supo hallar fuerzas en sí mismo para despreciarlo todo, para no ver